



B Bruño

Título original: *Witch in Winter*,
publicado por primera vez en el Reino Unido
por Simon & Schuster UK Ltd,
una compañía de CBS
Texto: © Kaye Umansky, 2019
Ilustraciones de cubierta e interior: © Ashley King, 2019

Traducción: © Roberto Vivero, 2023

© Grupo Editorial Bruño, S. L., 2023
Valentín Beato, 21
28037 Madrid

Dirección Editorial: Begoña Lozano
Edición: María José Guitián y Laura Trueba
Preimpresión: Pablo Pozuelo

ISBN: 978-84-696-6990-7
D. legal: M-17233-2023
Printed in Spain

Reservados todos los derechos.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita
de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en la ley,
la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio
o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático,
así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.
Pueden utilizarse citas siempre que se mencione su procedencia.

www.brunolibros.es



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADA



Una
bruja
en **invierno**

KAYE UMANSKY



B Bruño

Ilustraciones de
ASHLEY KING



Para Andrew



LAS NORMAS CAPUNTAS PARA LA ATENCIÓN AL CLIENTE

1. SÉ AMABLE
2. HAZ COMO QUE EL CLIENTE SIEMPRE TIENE LA RAZÓN
3. ESCUCHA CON ATENCIÓN
4. DALE CONVERSACIÓN AL CLIENTE
5. SÉ COMPRENSIVO
6. USA UN TONO DULCE CON LOS CLIENTES DIFÍCILES
7. SÉ SIEMPRE ÚTIL
8. MANTÉN LA TIENDA ABIERTA TODAS LAS HORAS POSIBLES
9. TEN SIEMPRE PAÑUELOS DE PAPEL A MANO
10. ADULA A LOS CLIENTES
11. HAZ QUE EL CLIENTE SE FIJE EN LAS OFERTAS
12. NUNCA MUESTRES SORPRESA
13. NUNCA TE QUEDES SIN DINERO SUELTO
14. CONCÉNTRATE EN LO QUE HACES, NO PIERDAS EL TIEMPO
15. INSISTE Y SÉ PESADO SOLO COMO ÚLTIMO RECURSO
16. PRESENTA LAS COSAS DE MANERA VISTOSA
17. NO DISCUTAS CON LOS CLIENTES
18. NUNCA GRITES
19. NO PIERDAS EL SENTIDO DEL HUMOR
20. DISCÚLPATE POR EL MAL TIEMPO ¡AUNQUE TÚ NO TENGAS LA CULPA!
21. TRATA CON CUIDADO TODO LO QUE VENDES
22. SI UN CLIENTE TIENE CALOR, OFRÉCELE UNA BEBIDA FRÍA
23. NO HABLES SOBRE POLVOS DE LA RISA
24. LA AMABILIDAD HACE MILAGROS

LAS TRES REGLAS MÁGICAS DE MAGENTA TORMENTA

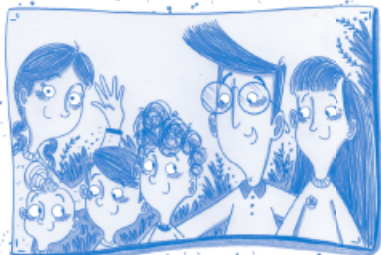
1. Lee la receta
2. Síguela
3. Haz que funcione

También ayuda
tener *el toque*.

ALGUNAS COSAS QUE DEBES SABER ANTES DE EMPEZAR A LEER...

1. Elsa Capuntas se está preparando para ser una auténtica bruja. Todo sucedió de manera inesperada.

2. Elsa vive en un pueblo llamado Puentechico, donde ayuda a su padre en el negocio familiar, el Emporio Capuntas. Ahí, en un ático, tiene su hogar la familia Capuntas. Son Elsa, Albert (su padre), Tilda (su madre) y sus tres hermanos pequeños: Arti, Tobi y Dudu.

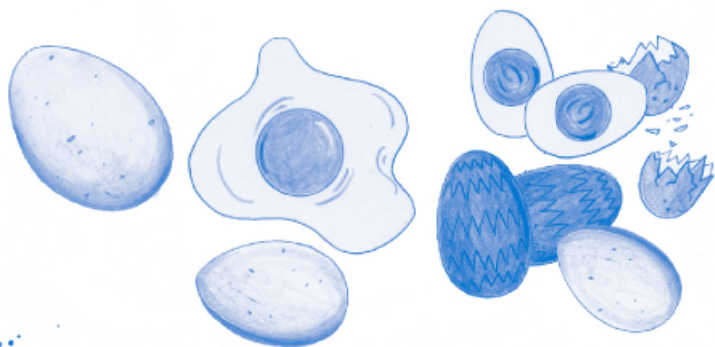


3. La vida de Elsa era bastante aburrida hasta que conoció a Magenta Tormenta (a la que en el pueblo llaman la Bruja Roja porque siempre viste completamente de rojo). Magenta vive en una torre mágica que se desplaza y que por lo general está en el bosque Dedotorcido. Después de conocerse, Elsa aceptó ser la cuidadora de la torre cuando Magenta estaba de viaje. A Elsa le encantó la vida en la torre e incluso se encariñó con *Corvus*, el cuervo que vive allí. Así que siempre aprovecha cualquier ocasión para visitar a Magenta y para seguir aprendiendo magia.



4. Ahora, Elsa es amiga de dos habitantes del bosque Dedotorcido: Joy, el cartero (que tiene una cesta voladora llamada *Vesta* que le ayuda en su trabajo), y Silvina Mantoverde (cuyo auténtico nombre es Ani Peluquen y que se viste como un duende del bosque).

5. Elsa tiene *el toque* para la magia. Puede provocar una lluvia de huevos de todo tipo: crudos, cocidos ¡e incluso de chocolate! También puede hacer aparecer ranitas verdes que a veces se disfrazan. Además, es capaz de crear una tormenta

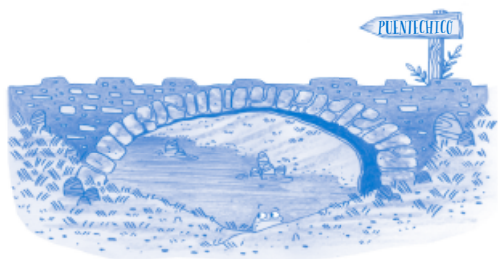


en una tacita. Y con cierto tono de voz, puede congelar a personas, animales y cosas. ¡Ah! ¡Y desaparece en un instante y aparece donde quiere! Pero intenta no usar demasiado la magia porque Puentechico es un lugar chapado a la antigua donde las novedades no son bienvenidas. (Aunque hace unos meses lo invadieron las brujas, así que ahora no es tan anticuado como antes).

Pero desde hace tiempo no sucede nada interesante. Un concurso de calabacines. Semanas de aburrida llovizna. Una cabra perdida. Otra semana de lluvia. La cabra apareció, sana y salva. Más llovizna. No, en Puentechico no pasa nada emocionante...

Hasta que...

¡NIEVA!



Capítulo uno **¡NIEVA!**

La nieve comenzó con una súbita ventisca nocturna. Empezó su viaje en el frío norte, se detuvo sobre Puentechico y... no le gustó nada. A la mañana siguiente, la ciudad estaba cubierta de nieve. El río Goteo se congeló. Enormes y peligrosos carámbanos colgaban de las farolas. En la calle principal, la nieve llegaba hasta la cintura. Los montones se acumulaban frente a las puertas de las tiendas y de las casas. Los tejados crujían bajo el peso de la nieve.

Puentechico no sabía cómo enfrentarse a aquello. Como no nevaba con frecuencia, no tenían nada preparado. En el cobertizo del alcalde había una vieja pala, un pequeño trineo y unas bolsas de sal, pero nada de eso servía, porque había nevado tanto que el cobertizo estaba enterrado bajo la nieve.

Así que todos decidieron no mover ni un dedo. Se trataba de una inconveniencia que preferían ignorar. Mejor quedarse en casa, encender la chimenea y consumir las latas de la despensa. Cuando llegase el deshielo, Carlos, el empleado del ayuntamiento, se ocuparía de retirar la nieve a medio derretir. Y solo entonces, cuando las condiciones fuesen mejores, se atreverían a salir. Al final, aquel drama se convertiría en algo para recordar y la vida volvería a la normalidad.

Pero una semana más tarde seguía nevando. En Puentechico reinaba un extraño silencio. Era día de mercado y la ciudad debería haber tenido mucha actividad y ruido, pero lo único que se oía era el susurro de los copos cayendo suavemente y el sonido de los montones de nieve que se deslizaban desde los tejados. Incluso *Fastidio*, el perro vagabundo de la ciudad, había abandonado su lugar habitual delante de la puerta del Emporio Capuntas y buscado un lugar más calentito para dormir.

Había tanta nieve que la única manera de salir de casa era con una escalera desde las ventanas de los pisos de arriba. Y eso era demasiado arriesgado para los habitantes de Puentechico.

Además, ¿para qué molestarse? No había a dónde ir. Empezaron a ponerse nerviosos: perdían la paciencia y decían que detestaban



Emporio
Capuntas



sus casas, a sus abuelitas y las latas de conservas.

Y seguía nevando.

La única que no se quedó en casa fue Elsa Capuntas.



Elsa estaba mejorando mucho con la magia, pero no se lo decía a nadie para mantenerlo en secreto. Además, su padre quería que se concentrase en ayudarlo en la tienda familiar, el Emporio Capuntas. Vendían cosas aburridas pero útiles. Cuerda. Cubos. Adornos feísimos. Chinchetas.

A Elsa le gustaba trabajar con su padre. El señor Capuntas era un maestro en la atención al cliente y Elsa se sabía todas las normas para que los clientes estuviesen contentos. (Y también descubrió que esas normas valían para la vida, no solo para la

tienda). Pero ¡ay!, a veces... Bueno, *muchas* veces, el trabajo en la tienda era superaburrido.

¿Y la magia? ¡No, eso no era aburrido para nada!

Y tampoco lo era la nieve, así que Elsa no quería perdérsela. Salía con frecuencia y no tenía que bajar por la ventana. Elsa cogía un atajo.

Para las brujas, «coger un atajo» significa desaparecer y aparecer en otro sitio. Es muy fácil. Piensas en la palabra secreta (como es secreta no puedes decirla en voz alta), imaginas el lugar donde quieres estar y... ¡tachán, ahí apareces! Así de sencillo. Ni duele ni hace cosquillas.

Coger un atajo era especialmente útil cuando la casa estaba cubierta de nieve. A Elsa no le gustaba estar encerrada en el ático. Sus padres se pasaban el día sus-

pirando porque con la tienda cerrada estaban perdiendo dinero. Sus hermanos —Arti, Tobi y el pequeño Dudu— deseaban desesperadamente salir por la ventana, pero no se lo permitían, así que se inquietaban y no paraban de hacer ruido. Solo dejaban de jugar cuando dormían, les contaban cuentos o comían mermelada.

Por la noche, cuando los niños estaban dormidos, Elsa cerraba la cortina que separaba sus camas y hacía alguna de estas cosas:

1. Meterse en la cama porque hacía frío.
2. Sentarse junto a la ventana para ver caer la nieve en la oscuridad.
3. Encender una vela y practicar hechizos en silencio.
4. Coger un atajo hasta la biblioteca municipal.

Esto último era lo que más le gustaba. Se ponía cómoda en los sillones de la biblioteca

y leía libros de aventuras a la luz de una vela hasta que los dedos se le enfriaban tanto que no podía pasar las páginas. La desierta biblioteca era el único lugar interesante que Puentechico podía ofrecer en una noche tan fría.

En la séptima noche de nieve, cuando la luz empezó a apagarse, Elsa se sentó en el borde de la cama envuel-

ta en mantas y decidió practicar un poco de magia.

Ya dominaba tres hechizos: los que había aprendido en su primera visita a la torre mágica de Magenta Tormenta.



Huevos, ranas y tormentas en tacitas. Elsa podía hacer que apareciesen huevos de todas las formas y tamaños, ¡incluso de chocolate! Tenía que mover los dedos de una manera determinada y, a veces, acompañarlo con una rima. El de los huevos de chocolate era el más difícil y al final le dolían los pulgares.

Las ranas le salían cada vez más divertidas.

También podía hacerlas de muchos tamaños y colores. Si conseguía concentrarse mucho, ¡incluso podía lograr que apareciese un grupo de ranas bailarinas con sombreros de copa y bastones!

Al otro lado de la cortina, sus hermanos roncaban. Elsa puso la vela sobre el alféizar.



«Bien», pensó, «vamos allá. Primero, lo fácil».

Moviendo los dedos y diciendo la palabra mágica muy bajito hizo que apareciesen un pequeño huevo de chocolate y una ranita verde. La rana tenía un sombrero de copa y un bastón. Y parecía un poco perdida y fría. Elsa le dio un sombrero de lana y el huevo de chocolate y la devolvió al lugar del que había llegado. Pensó en ir a la cocina para coger una taza en la que provocar una tormenta, pero temió que los truenos los despertasen a todos. De todas formas... ¿por qué no arriesgarse? Tenía que mantenerse en forma. Eso es lo que diría Magenta Tormenta: practicar a menudo.

Había pasado mucho tiempo desde la última vez que la había visto. Durante todas aquellas terribles semanas había esperado que la Bruja Roja se pusiese en contacto

con ella. El último negocio de Magenta, una tienda de magia en Puentechico, había terminado de forma repentina y desastrosa (es una larga historia que incluye tecnología mágica que no funciona y la «ayuda» de Silvina Mantoverde, la peor dependiente del mundo), así que ahora Magenta no salía del bosque Dedotorcido.

Llevaba semanas sin decir ni pío y Elsa no se atrevía a ir a la torre sin una invitación previa.

«A lo mejor tener paciencia es parte del entrenamiento de las brujas», pensó Elsa. «Seguiré practicando».

Movió los dedos, aunque estaban entumecidos por el frío. ¿Cómo podría calentarlos? Soplarlos no servía para nada. Lo más útil sería un hechizo para entrar en calor. Pero ¿existía? No recordaba haber visto ninguno en su libro de hechizos. Sin embargo, quizá

podría inventarlo ella misma... Al fin y al cabo, ella tenía *el toque* para la magia, y conseguir algo cálido no era más que una mezcla de calor y frío, ¿verdad?

Miró la vela en el alféizar. La llama daba luz y calor. Ahí estaba también su vaso de agua, tan fría que tenía trocitos de hielo. Calor y frío. ¿Y si unía ambos en un pequeño hechizo? Eso tendría que funcionar.

Alargó la mano izquierda y cogió la vela con cuidado. Con la mano derecha levantó el vaso. A continuación, movió los dedos helados y susurró:

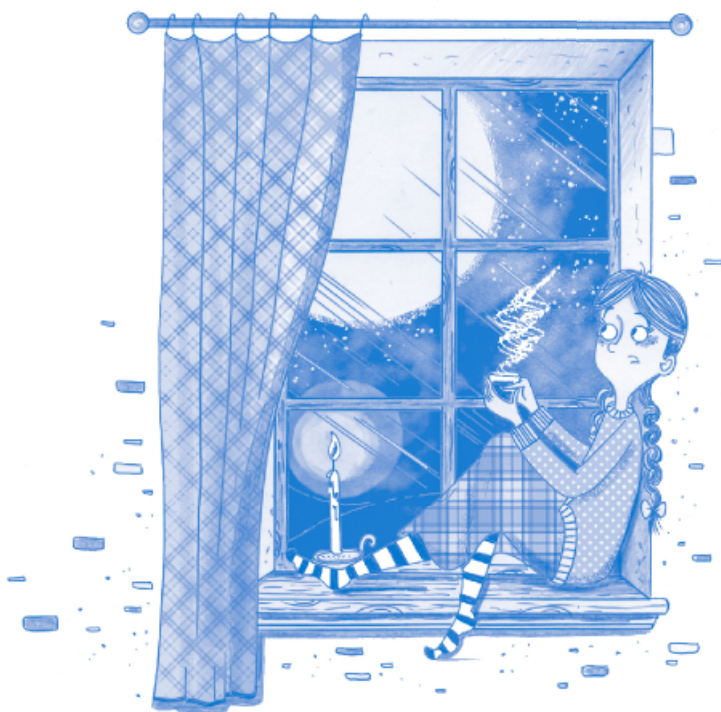
*Calor y frío, frío y calor,
mezclaos para estar mejor.*

La rima no era magnífica, pero tampoco estaba tan mal, ¿no?

La llama se desprendió de la vela y flotó en el aire para acercarse al vaso. Se posó sobre el agua y se hundió. El agua emitió una especie de silbido y gorgoteó un poco antes de quedarse como estaba. Del vaso salieron hilillos de vapor.

«¡Sí!», celebró Elsa. «¡Creo que lo tengo!».

Cogió el vaso caliente, lo rodeó con los dedos y se lo acercó a los labios. Estaba a punto de beber cuando notó algo.



Fuera, caía la noche...

¡Pero no había nieve! Las nubes se habían ido. En el cielo brillaban las estrellas y lucía una enorme y pálida luna.

Ni rastro de nieve.